

LA MUERTE DEL JUEZ

Esa noche Eloy Blázquez se quedó en la oficina hasta tarde. A última hora recibió una llamada y, al instante ella entró por la puerta, con su andar majestuoso y bello. Sus largas piernas terminaban en unos tacos aguja de charol negro, su rostro escasamente maquillado mostraba una juventud audaz y sedienta de venganza. Se acercó hasta Eloy Blázquez y lo besó largamente en los labios, luego se dirigió hacia el whisky, sirvió una medida a la que agregó unas gotas de somnífero. Dejó el vaso sobre el escritorio y se recostó en el diván a esperarlo. En el edificio ya no quedaba nadie, sólo el guardia de la planta baja. Pero ella se había ganado la confianza para entrar y salir por la vía secreta que usan los funcionarios para escapar de cualquier reclamo molesto. Nadie podría dar testimonio de su presencia en el recinto.

Eloy bebió el whisky, se desperezó sobre su sillón reclinable, se puso de pie y comenzó a desplazarse hacia ella. Pero en su andar no llegó muy lejos, las piernas se le aflojaron y cayó al suelo desvanecido. Inmediatamente entró al lugar un hombre joven y fornido, sacó de su mochila una soga gruesa, improvisó un nudo de ahorque, la colocó alrededor del cuello de Eloy y arrojó el otro extremo a los caños de la luz. Comenzó a izar el cuerpo de Eloy Blázquez hasta dejarlo suspendido en el aire. Ella ubicó una silla debajo de los pies de Eloy y lo sostuvo de las piernas adormecidas. El joven ató fuertemente la soga a los caños, finalmente retiraron la silla y así Eloy Blázquez dio su última respiración.

Acto seguido limpiaron detenidamente toda la escena usando guantes, líquidos y franelas que también sacaron de la mochila, hasta barrieron la alfombra para borrar los orificios que marcaron los tacos aguja. Cerraron la puerta de la oficina con llave y la colocaron en el llavero. Corrieron por el pasadizo secreto hasta que sintieron alcanzar la victoria.

Eloy Blázquez cuidaba muy bien su imagen, en todos los aspectos. Su esbelta figura ataviada con los mejores modelos; su cabello tupido salpicado con algunas canas que no revelaban sus casi sesenta años. También se ocupaba de ensalzar su imagen pública: actuaba como ejemplar padre de familia, como notable funcionario que velaba por los derechos de los más desprotegidos y trabajaba incansablemente. Actuaba con rapidez en la resolución de conflictos, conocía muy bien las leyes, y nunca dejaba una rendija por donde pudiera filtrarse algún curioso abogado. La buena imagen era muy importante para él, porque le permitía ocultar su verdadero yo, un ser ágil de pensamientos y sigiloso a la hora de concretar alguna maniobra que le permitiera incrementar su fortuna, no importaban los daños colaterales, a él no le afectaban en lo más mínimo. Con una inteligencia tan perversa que su esposa e hijos jamás descubrieron su gusto por las mujeres jóvenes y atractivas.

Vicenta llegó a la oficina temprano como todos los días; dejó abrigo, gorro y cartera en el perchero mientras miraba el llavero completo de llaves; se puso su amplio guardapolvo azul, tomó las llaves y comenzó con las tareas: ir de oficina en oficina levantando papeles, vaciando cestos, repasando escritorios, limpiando la alfombra con la aspiradora industrial, abriendo y cerrando puertas en el Juzgado del menor y la familia. Absorta entre tareas y pensamientos lejanos, abrió una puerta que interrumpió su andar. El cuerpo del juez Eloy Blázquez yacía colgado del cuello con una soga fuertemente atada a los caños de la luz. Vicenta dio un grito y corrió a llamar por teléfono.

La autopsia en el cuerpo de Eloy Blázquez reveló el consumo de alcohol mezclado con psicofármacos. La causa se caratuló como “suicidio”, pronto quedó cerrada y archivada. La pareja de jóvenes jamás pudo recuperar al amado bebé que les arrebatara esa organización mafiosa liderada por el juez Eloy Blázquez en algún humilde hospital de Misiones. Y tampoco encontraron consuelo tras la muerte del juez.